

# A mi querida hija

María Paula Cortés Salas

No recuerdo en qué momento se dañó el vínculo que nos unía; en mi memoria solo está presente aquella discusión irrelevante que ocasionó esta indiferencia que fue creciendo entre las dos. Quiero remediar las cosas contigo y esta carta es el medio que encontré para hacerlo. No es nada fácil. No encuentro las palabras precisas para llegar a ti. Solo sé que necesito contarte lo que siento. Extraño mucho hablar contigo y el silencio me está consumiendo.

Estos últimos meses que han pasado, no han sido nada tranquilos. Y te pido perdón por eso, sé que en parte ha sido culpa mía. Estás atravesando por muchos cambios en tu vida y no te he aconsejado como una madre debería; no pienses que no te comprendo porque también pasé por eso, también fui joven y viví mi adolescencia.

No sé desde cuándo nos llamamos “adolescentes” ¿De los once años hasta los quince? No lo sé; creo que un rango de edad fijo no podría determinarlo con claridad. Las épocas han cambiado, nada es como antes, pero viví y sentí las mismas cosas que tú sientes ahora y quiero compartir contigo lo que me sucedió a mí en ese entonces.

La verdad es que todo empieza cuando despiertas una mañana sintiéndote diferente. Te levantas asustado y buscas un espejo. Miras a esa persona que aparece en el espejo, por un buen rato, buscando alguna señal. Pero no ves nada. Te arreglas como de costumbre para ir al colegio; de pronto te demoras un poco más de lo habitual arreglando tu peinado, poniéndote un poco de perfume y quizás mirándote y sonriendo de nuevo para ver que todo esté en orden.

En el colegio las cosas marchan bien. Las niñas de grados superiores son mucho más arregladas, bonitas y sociables. Te preguntas cuándo pensarás como ellas y luego dices que seguirás siendo la misma que juega con muñecas, que salta en los charcos y se ensucia, la misma que pelea con los niños y se siente asqueada de darles un beso.

Empiezan las clases, copias cada cosa que dice el profesor, él plantea algún tema y pide opinión. Escuchas a tus compañeros y te encuentras de repente en desacuerdo con una o varias de sus opiniones. El profesor aporta algo más y todos entran a discutir aquella posición.

Si lo piensas bien, años atrás ningún niño se hubiera atrevido a contradecir lo dicho por el maestro y creería la mayoría de las cosas que sus compañeros hablan. Ahora es diferente pues empiezas a tener tus propias opiniones. No ha

pasado ni la primera hora de clase y ya quieres salir a tomar un descanso. Cuando sales al recreo te sientas con tus amigas a hablar de programas de televisión y de tareas, entre otras cosas. Terminas de comer lo que te mandan o compraste en la tienda, miras a tú alrededor y ves a lo lejos a los niños en la cancha jugando fútbol.

Uno de ellos llama tu atención. Te lleva un par de grados y sí que juega bien. Pero de nuevo, vuelves a la conversación con tus amigas. Al terminar el descanso, aquel niño pasa por tu lado y te sonrojas. Tus amigas lo notan y enseguida empiezan los típicos comentarios: ¡Te gusta! ¿Por qué no nos habías dicho? ¿Es muy grande para ti, sabías?

Tú simplemente lo niegas y te molestas. Al final del día, ellas que tanto te conocen vuelven con las preguntas hasta que te ves acorralada y dices toda la verdad. Ahora será un secreto, el primero de muchos que vendrán de aquí en adelante.

Al llegar a tu casa, almuerzas, haces las tareas, vuelves al espejo, te miras de nuevo, cambias tu peinado buscando verte mejor pero desistes muy rápido y vuelves al cuarto. Entonces, prendes el televisor y empiezas a cambiar canales sin siquiera ver qué presentan; ya los programas que veías antes, te aburren.

Tu mamá grita que bajes a comer y contestas también con un grito a pesar de estar en la misma casa; ella sube muy molesta y te regaña por “contestarle mal”. No entiendes nada del problema y otra vez opinas por ti misma; es ahí cuando llega tu papá y calma la marea.

Aún no entiendes cuál es el problema. Le explicas lo ocurrido para que te apoye e intervenga por ti ante tu mamá; al final de la noche el asunto se resuelve. Vas a dormir y solo piensas que éste no fue tu día.

Si supieras que de ahora en adelante nunca serán tus días, hasta que todo esto de las hormonas termine. Al día siguiente te levantas como si nada; esta vez no te sientes tan extraña como ayer. Te bañas, te pones el uniforme, desayunas, alistas la maleta y antes de salir te arreglas más que el día anterior. Pero hay un problema: Tu pelo no logra verse bien en ninguna forma. Esta vez te demoras más en salir y tu papá te afana para que bajes.

En el colegio todo va a la perfección hasta que pasa ese niño que te empieza a gustar; al darse cuenta que lo miras, disimuladamente se acerca y te saluda. Tus amigas se empiezan a reír y tú ves eso como una “señal”. Llegas a tu casa y no logras concentrarte. Para ti ese saludo significa todo. Crees ingenuamente que le gustas y te ilusionas.

A mi me pasó eso una y otra vez. Esos son los llamados amores platónicos de la adolescencia: Crees que son los indicados, que serán el amor de tu vida, hasta que los superas y aparece alguien más.

Al día siguiente te despiertas con mucho ánimo de ir al colegio, ya todo desde la noche anterior está arreglado. Pero de pronto un intruso entra a tu mejilla. Es tu primer barrito y crees que el mundo se viene abajo. Nadie lo invitó a aparecerse en tu rostro pero ahí está y aplastarlo solo empeora las cosas. Sales para el colegio, todo el día tratas de ocultarlo pero es muy difícil cuando está en tu cara.

Hija mía, la adolescencia es cosa seria y esto que te cuento es apenas el comienzo. En mi adolescencia, casi todos los días discutía con mi mamá por bobadas. Mi estado de ánimo cambiaba muchas veces en el día; podía amanecer feliz y sin saber por qué, me sentía triste o irascible. A veces me sentía con súper poderes, otras veces muy débil, me gustaba estar sola en mi cuarto escuchando música por mucho tiempo, me daba demasiado sueño y mi apetito aumentaba en una forma increíble.

No era una adolescente normal, lo acepto. Prefería pasar todo el día leyendo un buen libro, haciendo bocetos, escribiendo, viendo películas bajo las cobijas, viendo televisión o jugando en el computador. También en la adolescencia, como muchos lo hicieron, di mi primer beso. Tuve muchos amigos y en una época me fascinaba salir con ellos.

Pedía más libertad a mis papás, quería crecer rápido y que se hiciera mi voluntad siempre; poco a poco fui creciendo y las cosas empezaron a cambiar. Vino la vida con nuevos retos que debí afrontar por mí misma. Y es que a fin de cuentas, todos escribimos nuestra propia historia. Esta fue la mía. No por eso la tuya tiene que ser igual. Tienes toda una vida por delante, disfrútala.

No es nada fácil para mi decirte todas estas cosas. Pero hace unos días el doctor que me ha venido tratando me dio una mala noticia: el cáncer ha hecho metástasis. Los médicos dicen que no se puede hacer más. A pesar de esta opinión, espero que aún haya algo que me alargue un poco la vida.

La sola idea de dejar a tu hermana, a tu papá y a ti, me vuelve loca. Ustedes son el tesoro más preciado de toda mi vida. No había podido decírtelo porque no encontraba la forma adecuada para hacerlo; con esta carta, espero que me entiendas, me perdones y nunca me olvides. Y no sufran por mi. Odiaría sentirme culpable de eso. Ustedes son lo mejor que me ha pasado; solo me queda decirles que los amo. Quiero sobretodo, darles las gracias por hacer de mi vida algo tan maravilloso. Siempre estarán presentes en mi corazón.

Con todo mi cariño,  
Mamá